

(02035)

El primer partido

El primer partido de la temporada estaba a punto de comenzar. Los jugadores brincaban sobre el césped a fin de mantener a punto su musculatura. El sorteo le había deparado al Rayo un rival a priori poco asequible: un recién descendido. Dicho en otras palabras, un reciente ex-primer división. Y por si esto fuera poco, jugaban como visitantes.

Piquito estaba en su puesto, junto a la línea divisoria. Saltaba y estiraba sus piernas. Aún quedaba un minuto para que el árbitro pitara el inicio del primer partido de liga del Rayo de Mospintoles en la división de plata del fútbol español. A nuestro héroe le llamaba la atención las dimensiones de los graderíos, capaces de albergar a más del triple de espectadores que el Campo Municipal de Mospintoles, remodelado durante el verano en un tiempo récord y ahora con un nombre nuevo.

Ya a su llegada al estadio le habían sorprendido los vestuarios. Habitudo a jugar en campitos, con vestuarios acordes a la categoría de los equipos (que más bien parecían probadores), los vestuarios de este ex-primer le parecían a Piquito inmensos. Y se preguntó cómo serían los vestuarios de los grandes de la primera división. Seguro que uno cualquiera era más grande que todo el piso de protección oficial donde vivía con su madre, en un suburbio de Mospintoles.

Recordando ahora su ciudad natal le vino a la mente el campo donde la temporada pasada —hacia tan sólo tres meses— saboreó las más dulces mieles del éxito y se había convertido en el héroe local con aquel ovacionado *hat trick*. Aquellas imágenes se le presentaban a Piquito tremendamente lejanas. La pretemporada había sido corta, como siempre, e intensa y cansada, como siempre.

Recordó la llegada de Metzger. Su fichaje estuvo rodeado de un halo de misterio. El alemán era políglota (Piquito decía “polítono”, dejándose llevar por la jerga inalámbrica) pues hablaba cuatro idiomas. Además de su lengua materna sabía expresarse correctamente en inglés, francés y holandés, y al castellano que se iba adaptando. Metzger entrenaba con inusitada intensidad. En varias ocasiones hubo necesidad de pedirle que se empleara más suave, porque iba a acabar lesionando a alguno. Piquito creía que el alemán entrenaba con tanto vigor para demostrar que había sido internacional con su país y que su calidad estaba varios puntos por encima de la del grupo. Metzger había bajado algo el ritmo en los entrenamientos, pero se le veía refrenado, como si no estuviera a gusto.

Piquito dejó de ensoñar y se fijó en los rivales que tenía enfrente. Alguien durante el viaje se había mofado: “Muy buenos no serán, cuando han bajado”. Notó que uno de ellos llevaba largo rato observándole fijamente. El

mospintoleño le miró de frente y sonrió, pero no percibió ningún gesto amable. Ya estaba acostumbrado a que los rivales más veteranos quisieran intimidarle con el juego de miradas. Decidido a no dejarse pisar el terreno alzó la cabeza en un gesto amistoso y sonriendo saludó con un “¿Qué hay, majo?”. El rival quedó sorprendido de la jovialidad de Piquito, y éste, sin ninguna mala intención, añadió: “Te tengo en el álbum de cromos de la liga, de cuando yo era niño”.

Un par de compañeros del aludido rompieron a reír, mientras el veterano, amoscado, repuso: “No te jode, el niño; a ver si tengo que darte un soplamocos por listillo”. Piquito se encogió de hombros y le espetó: “Allá tú; te expulsarán”. En aquel instante el trencilla, ajeno a este cruce dialéctico, pitó el inicio del partido.

Ya en los primeros compases a los rivales se les vio motivados. “Habrá tiempo para bajarles los humos”, pensó Piquito. Muchos partidos había jugado en los que de salida parecía que el rival se los iba a comer pero luego se iba desinflando a medida que pasaba el tiempo.

Transcurrieron los cinco primeros minutos de juego y Piquito comenzó a notar algo extraño. El Rayo no acababa de entrar en juego. No encontraba su sitio. Aquellos ex-primera estaban en todas partes. Llegaban antes a los balones con muy poquito esfuerzo aparente.

Piquito decidió centrarse en su cometido. Hábil, como siempre, se desmarcó en una de sus jugadas favoritas, le llegó el balón, lo controló, fintó, y para cuando quiso levantar la cabeza ya tenía un defensor encima que le sacó el balón de los pies. “He andado algo lento”, pensó el figura.

Los mospintoleños corrían y corrían pero no llegaban a los balones, y Metzger en defensa estaba teniendo trabajo a destajo. Pasado el cuarto de hora los rivales comenzaron a evitar el juego por el centro... o más bien comenzaron a evitar a Metzger. Y a los veinte minutos marcaron. Fue una jugada por la banda donde el extremo se coló hasta la línea de fondo como una centella y centró al punto de penalti, adonde llegó en carrera un delantero para empalmar a gol anticipándose a la defensa.

López, en la grada, se revolvió inquieto. Se había dado cuenta de la situación. El Rayo iba como a contrapié, forzado, y no era capaz de desplegar su juego. El equipo comenzó a notar el esfuerzo baldío. Corrían detrás del balón, pero no llegaban a ningún lado, o si llegaban lo hacían tarde. Estaban como retraídos. Al llegar tarde a los balones temían hacer faltas y cargarse de tarjetas, por lo que no metían el pie. El rival jugaba a placer. Antes del minuto 40 el Rayo encajó su segundo gol. Los jugadores se miraron unos a otros... Estaban cansados, mientras el rival seguía corriendo y estando en todas partes.

El final de la primera parte cogió a Piquito algo retrasado de su posición habitual, en el círculo central... El Rayo se había encogido y ya sólo defendía.

Los jugadores rivales se retiraron al túnel con paso vivo. Los del Rayo tenían un caminar cansino, y se retiraron cabizbajos. Tan sólo Metzger trotó de camino hacia el reparador vestuario.

Cuando el equipo al completo llegó a los vestuarios se encontraron a Metzger y al míster —que había salido zumbando del banquillo— serios, callados, taciturnos, en posiciones opuestas.

Durante el descanso el míster trató a los jugadores con afabilidad, como siempre, y tan sólo corrigió las posiciones de los laterales. Les pidió que corrieran más, que no se amilanasen, porque ellos eran igual de buenos que los rivales, como demostraba el hecho de jugar en la misma división.

Cuando se disponían a partir hacia el vomitorio que daba acceso al campo de juego, Metzger, que había permanecido callado en un rincón, haciendo estiramientos, habló en voz alta en un precario español: "Ssuave, Metzger, ssuave, que vass matarr uno".

El equipo se dio la vuelta y se le quedaron mirando, sorprendidos. Entonces añadió mirando a sus compañeros: "Si duro entrrienas, si duro juegass; entrienarr fuerte para jugarr rápido". Los jugadores del Rayo no fueron capaces de reaccionar; estaban como embobados, y el alemán alentó: "Vamoss, adielante", y todos juntos saltaron al campo.

La segunda mitad le sobró a nuestro equipo. Aguantaron el primer cuarto de hora al ritmo del rival. Luego el bajón se empezó a dejar sentir por zonas. Los laterales fueron los primeros en bajar el ritmo, al punto que alguno pidió el relevo al central de su lado. A partir de ahí comenzaron a caer los goles.

Los rivales se olieron el motivo y empezaron cargar el juego sobre esa zona. El tercer gol llegó por ahí. El ahora central no llegó a interceptar el pase y el delantero empalmó un trallazo desde la frontal que hizo inútil la estirada del guardameta rayista.

El cuarto vino a la salida de un saque de esquina. Simplemente los nuestros ya no tenían fuerzas para saltar, los centrales subieron a rematar pero su misión fue bloquear a Metzger, el único todavía activo, al tiempo que botaban el córner sobre su delantero centro, que de un certero cabezazo envió el esférico a las mallas.

Y el quinto, cuando se cumplía el minuto 30, para qué contar... El equipo estaba exhausto, y para entonces sólo defendía. Incluso Piquito había tenido un gran desgaste, desasistido durante toda la segunda mitad, y se vio obligado a

realizar tareas defensivas en el centro del campo, conteniendo y ejerciendo presión.

Hay que reconocer que a partir de aquí los rivales bajaron el ritmo habida cuenta de que el partido estaba ganado y no era cosa de arriesgar una lesión contra un rival inferior y entregado.

Al filo del final del tiempo reglamentario el árbitro les advirtió de que el descuento se iba a los 3 minutos, a pesar de que los mospintoleños le pidieron que no descontara nada porque ya tenían suficiente.

Poco antes del pitido final el Rayo, libre de presión, se había estirado un tanto y ganó un córner. El interior se colocó en la esquina y anunció una jugada ensayada. Piquito se colocó fuera del área. Metzger se situó junto a él. La idea era que Piquito entrara veloz y peinara de cabeza hacia atrás un balón sacado al primer palo para en un segundo toque buscar en el otro poste el hueco dejado por el portero, que debía ir a cubrir la primera intención.

Pero Metzger sujetó a Piquito por el brazo en el momento en que el chaval se disponía a iniciar la carrera, y dejándolo atrás se lanzó hacia el primer palo justo cuando el interior se aproximaba al balón. El cuero fue al punto donde se tendría que haber encontrado Piquito, y Metzger de un soberbio testarazo envió el esférico al fondo de la portería. En su carrera arrolló a dos defensas, que viendo el ímpetu con que llegaba el alemán salieron a obstruirle el paso.

La pelota se coló por la escuadra, el único hueco posible. El defensor que cubría ese poste saltó y tan sólo alcanzó a notar que las cuerdas del balón tiraban de su cabello. Antes de tocar el suelo el portero caía sobre él arrollándolo contra el lateral de la red.

El resultado fueron cuatro jugadores rivales patas arriba y Metzger riéndose a carcajadas mientras el equipo se acercaba para darle una palmadita en la espalda. Después de todo no había mucho que celebrar.

Apenas quedaba tiempo más que para sacar del medio campo, y el balón ni siquiera salió del círculo central.

El mister del Rayo saltó como un relámpago hacia Metzger, y en un inglés medianamente correcto le reprendió: "Señor, su gol ha sido todo un golazo, pero hay que respetar la disciplina del equipo". Metzger se quedó boquiabierto, y mirándole a los ojos le contestó también en inglés: "Herr, el equipo necesitaba marcar".

Ambos quedaron sosteniéndose las miradas, serios. El resto del equipo se dio cuenta de que algo pasaba y pospuso su retirada a los vestuarios, expectantes...

Por fin el míster sonrió, y levantando el brazo le dio dos palmadas en el hombro a Metzger y la pasó la mano derecha por detrás de la espalda, en un gesto cómplice: “Gracias, Herr ... Es cierto, el equipo necesitaba marcar... Muchas gracias”.

Metzger aceptó el gesto del míster y sonrió. Tras unos pasos dejándose acompañar por el entrenador inició una breve carrerita para alcanzar a Piquito, y despeinándole le dijo en un castellano sórdido:

—Ajajá... Metzger gol, Metzger gol... Metzger uno Piquito cero... ajajá...

A Piquito no le hizo gracia la broma, pero la aceptó por venir de quien le había dado toda una lección.

Y se prometió a sí mismo que a partir del lunes también impondría un ritmo alto en los entrenamientos.